

dijo su hija y se echó á reir encogiéndose de hombros. Sin embargo, habiendo oído por segunda vez los relinchos de un corcel, se levantó y fué al balcon.

El caballero estaba en el patio, caracolando en el mas bonito y fogoso de sus palafrenes. En aquel momento daban las seis en el reloj del castillo.

—Conde, dijo el caballero saludando al anciano señor, espero que seréis vos tan fiel á vuestra promesa como yo he sido exacto á vuestra cita, y que hoy mismo probareis yendo á la iglesia, el camino que he mandado haceros esta noche.

—Un noble no tiene mas que una palabra, y la mia está dada, respondió el anciano conde; si el camino es tal como decís, mi hija es vuestra.

Aquel mismo dia bajó una cabalgata del castillo de Falkenstein, dirigiéndose hácia la iglesia de Kromberg, por el camino tallado en la roca que existe hoy, y que todavía se llama el camino del Diablo.

Después del almuerzo, trepamos nosotros por el camino del Diablo, hasta lo mas alto de la Piedra del Halcon, desde donde se pueden contar, en un horizonte de ciento cincuenta leguas, hasta setenta ciudades, pueblos ó aldeas. Por lo que hace á las montañas, entre el Alt-Koenig y el Feldberg que se toca con la mano, se ven además Iselberg cerca de Gotha, el monte Mercurio junto á Bade, el Donoe en los Vosges, los Siebengeberg inmediatos á Bonn, en fin, el Meinner en la Baja Hesse y el Habiehlwald junto al Cassel.

En medio de este panorama se eleva el castillo de Eppstein, cuyatradición referiría si no hubiese ya referido demasiadas.

Volvimos por Kronniberg, y atravesamos su castañar que data del siglo XII: aun existen algunos de los árboles primitivos, que son los primeros plantados en Europa.

Al volver á entrar en la fonda, encontré la carta del abate Sméets, que como me habia dicho, habia ido á celebrar su jubileo; era demasiado tarde, ó mas bien me sentia demasiado cansado para ir á su casa en la misma noche. Dejé mi visita para el dia siguiente por la mañana.

A la mañana siguiente, me entregaron una carta, era la respuesta del obispo D.... de quien ya he hablado. Cuando iba yo á salir, el abate Sméets entró. Nos abrazamos como antiguos amigos. Sabia ya que no habia yo encontrado al obispo D.... Le enseñé la carta que habia recibido de él, leyó el sobre y reflexionó al parecer un instante.

—Y bien! le dije alarmado; acaso el obispo D.... se ha engañado: ¿es que aquel á quien me dirige para que tenga noticias de Sand no puede dármelas?

—Al contrario, me respondió; y mas exactas ciertamente que ningun otro.

—Entonces, ¿en qué pensais?

—Pienso en una historia que voy á referiros.

—¿Una historia que tiene relacion con Sand?

—No; pero una historia que es preciso sepaís.

—¿Tiene, pues, alguna relacion con esa carta, puesto que esta carta es la que os hace pensar en ella?

—Indirectamente, sí.

—Mi querido abate, hablais hoy por la mañana como una esfinge.

—En Heidelberg, tendreis la esplicacion del enigma.

—Entonces, pasemos á la historia.

—Héla aqui:

—La noche de la coronacion de Luis de Baviera, hubo en el ayuntamiento un magnifico baile de máscaras, al que asistió la emperatriz.

Estaba en aquel baile de máscaras un caballero completamente vestido de negro, y que llevaba el rostro cubierto con una mascarilla negra.

Invitó á la emperatriz á bailar: la emperatriz aceptó, y cuando bailaba con ella, otro enmascarado se inclinó al oído del emperador, y le preguntó si sabia con quién bailaba la emperatriz.

—No, respondió el emperador. Sin duda con algun príncipe soberano.

—Menos que eso, dijo el máscara.

—¿Con algun señor, algun conde ó algun baron?

—Baja.

—¿Será con un simple caballero?

—Baja mas.

—¿Con un escudero?

—Continúa bajando.

—¿Con un page?

—Todavía no has dado en ello Augusto.

—¿Un lacayo?

—Mas bajo.

El rubor salió al rostro del emperador.

—¿Un palafrenero?

—Mas bajo aun.

—¿Un villano?

—Si no fuese mas que eso! dijo el desconocido prorumpiendo en una carcajada.

—Pero, ¿quién es? exclamó el emperador con voz ahogada.

—Arráncale su careta, y le verás.

El emperador se aproximó al caballero negro, le arrancó su antifaz, y reconoció en él al verdugo.

El emperador desvainó su espada.

—¡Miserable! le dijo; encomienda tu alma á Dios. Vas á morir.

—Señor, respondió el verdugo arrodillándose; aun cuando me matéis, no por eso habria dejado de bailar la emperatriz conmigo, y si en ello hay deshonor, no por eso quedaria menos deshonrada. Haced otra cosa mejor: armadme caballero, y si alguno ataca á su gloria, con la

misma espada con que hago justicia, haré razon.

El emperador permaneció un momento pensativo.

Después levantando la cabeza:

—El consejo es bueno, le dijo. En adelante no te llamarás el verdugo, sino el juez.

Después habiéndole dado tres golpes de plano con su espada en el hombro:

—Levántate, añadió. Desde este momento, eres el último de los nobles y el primero de los ciudadanos.

—Y en efecto, continuó el abate Sméets; desde aquel momento, en todas las ceremonias públicas, sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

—Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber por qué me la habeis referido?

—Porque podria muy bien suceder que un dia ú otro, me respondi, os encontráreis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabriais muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

—Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

—¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podria ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias después, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Sméets ninguna otra esplicacion.

MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estatua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarles al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde ibamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á

un cuarto de legua del Rhin. El buque de vapor nos dejó, á las siete de la tarde próximamente, en las orillas, donde encontramos omnibus y berlinas en abundancia. A los cinco minutos, nos apeamos en la plaza mayor.

Manheim es la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, impregnadas en una tranquilidad y una tristeza que no carece de encanto. Al dia siguiente del en que nosotros llegamos era dia de fiesta, lo cual contribuia animándole un poco, á caracterizarle mas aun. Por lo demas jamás vi mas bella poblacion. En una media hora que estuvimos á la puerta de la iglesia de los Jesuitas, vimos salir de ella mas de cincuenta mugeres bonitas. Los jóvenes en nada las ceden, á pesar de su traje azul y blanco y el fantástico gorro, que los hace asemejarse con los soldados de la ópera cómica.

Manheim es una gran ciudad, que tiene el carácter del gran sistema mitológico que siguió entre nosotros el reinado de Luis XIV. La iglesia de los Jesuitas, no se por qué, posee en su fachada dos nichos, y en ellos una Minerva y una Hebe, que admirados de encontrarse alli, hacen una estraña figura.

Frente está el teatro, que creo es de la misma época, edificado por el mismo arquitecto y del mismo gusto. En la parte superior de las puertas hay esfinges que representan la comedia y la tragedia, y que tienen bajo su pata la una una careta y la otra un puñal. Cíen su cabeza raíces rectas, con trenzas de pelo empolvado, y que sienta de un modo maravilloso á su carácter egipcio.

El castillo, residencia habitual de la gran duquesa Estefanía, es de una época anterior, y por consecuencia de un carácter mas grandioso. Su encantador parque inglés constituye el jardín, y como es público tuvimos la ventaja de pasar revista, de dos á cuatro de la tarde, á toda la sociedad de tono de la ciudad. Este segundo examen confirmó mi primer juicio. Manheim, proporcionalmente, es seguramente con Arlés, la ciudad de Europa donde hay mas mugeres hermosas.

No habia yo olvidado en tanto que Manheim habia sido teatro del asesinato de Kotzebue y de la ejecucion de Sand. El amo de la fonda me dió uno de los mozos para que me enseñara la casa de Kotzebue. Es la casa que hace esquina á la calle A 2, frente á la iglesia de los Jesuitas. Por indiscreto que fuese el paso, llamé á la puerta, é hice al mozo de la posada pidiese permiso para ver la habitación donde fué asesinado el consejero público. Esperaba que el amo de la casa bajaria para hacerme los honores de ella; pero sea que me tomé por un estudiante y que temiese por sí la misma suerte de su predecesor, sea que tuviese cosa mas urgente que hacer, me concedió mi demanda, haciéndome sus cumplidos, pero permaneció invisible.

Subí unos veinte escalones, entré en una

antecámara, y de la antecámara pasé á un gabinete que servía de biblioteca: aquí era donde se había perpetrado el crimen. Quise preguntar á la criada, pero la pobre Maritornes era estúpida. No pude sacar de ella otra cosa que:

—El señor Sand no le conozco. No viene á casa del amo.

Volví á la fonda, á donde había ido el cochero á preguntarme á qué hora quería el carruaje al día siguiente. Le dije que le quería inmediatamente, puesto que iba á dormir aquella misma noche en Heidelberg.

Diez minutos despues, estaba el carruaje á la puerta. Supliqué á mi huésped me indicase al menos el sitio donde había sido ejecutado Sand. Dijo algunas palabras en alemán á su cochero, el cual penetró dentro del sitio indicado. En efecto, saliendo de la ciudad, á la izquierda del camino de Heidelberg abrió la portezuela, y enseñándome una pradera cortada por un arroyuelo, y que extendía á un cuarto de legua próximamente su verde tapiz.

—He aquí, me dijo, el Sand Himmelfarts-wiese.

La palabra era demasiado larga y muy difícil de pronunciar para que yo pidiese su explicación; me contenté con bajarme y dirigir una mirada á la pradera, pero sin saber aun donde detener mis ojos.

En aquel momento pasaba por fortuna uno que se paseaba; se detuvo á pocos pasos mirando hácia el mismo sitio que yo. Era un hombre de unos cincuenta años, cuyo rostro lleno, y de una bondadosa calma, prevenía singularmente á su favor. Me atreví á dirigirme á él.

—Caballero, le dije, ¿podreis indicarme con precision el sitio en que fué ejecutado Sand?

—Con mucho gusto, caballero, me respondió.

Y bajando del camino á la pradera, echó á andar delante de mí invitándome á que le siguiera. A los ciento cincuenta pasos próximamente, se detuvo en una eminencia que dominaba el arroyuelo, y tocando en el suelo con su baston

—Aquí es, me dijo.

—¿Aquí, precisamente en este sitio? ¿Estais seguro de ello?

—Muy seguro, caballero, yo estaba aquí.

—¿Cómo! ¿vos estabais aquí? ¿vos habeis visto morir á Sand?

—Le he visto morir.

—¿Estabais entre la multitud?

—No, caballero, estaba en el patíbulo.

Yo le miré con admiración.

—Pero en el patíbulo, le dije, no están ordinariamente mas que el sacerdote, el paciente... y el verdugo.

—Aquel día, caballero, había una cuarta persona, porque yo no soy ninguna de esas tres que acabais de nombrar.

—Pues entonces, y dispensadme una pregunta tan directa: ¿quién sois?

—Yo soy el director de la casa de la Fuerza donde Sand estuvo preso por espacio de tres meses.

—En ese caso, debeis tener detalles preciosos acerca de ese jóven.

—Tengo sus albums, su correspondencia, sus recuerdos, y acaso el único retrato que de él existe.

—¡Dios mio, caballero! le respondí sumamente gozoso de haber encontrado de un modo tan inopinado lo que buscaba, pero temiendo que la ocasion se me escapase; soy extranjero, francés, como lo podeis ver; viajo por vuestra poética Alemania, para recoger en ella todas las tradiciones antiguas y modernas que pueda hallar. ¿Sereis bastante complaciente para comunicarme algunas de las noticias que poseeis?

—¿Y con qué objeto, caballero, deseais recoger estas noticias?

—Con un objeto sumamente nacional para nuestros dos países; he oido hablar de Sand, no como de un asesino ordinario, sino como de un hombre que creia, con una gran abnegación personal, salvar á su patria. En Francia, hasta hoy no se conoce á Sand mas que de nombre, y se podría confundirle con un Memsier ó un Fieschi.—A cada uno el lugar que le es debido; aun á los muertos.—Yo quisiera, pues, á los ojos de mis compatriotas, dar á Sand lo que merece.

—¿Y cómo habiendo venido con esa intención no os habeis proporcionado algunas cartas de recomendación para Manheim.

—Tenia una para el señor párroco D.... de Francfort; él me ha enviado esta carta para un cirujano de Heidelberg, el doctor Widemann.

—¡Ah! si, dijo, es un hombre que puede daros excelentes noticias, pero solo acerca de los últimos momentos de Sand; todavía era él muy jóven. Fué con su padre con quien Sand tuvo que ver, y no con él.

—Pues entonces, ¿quién es ese señor Widemann? pregunté.

—¿No lo sabeis?

—No.

—Es el verdugo. Un hombre excelente, que es verdugo porque su padre lo ha sido.

—¿Cómo! vos os equivocais, dice el sobre: doctor en cirugía.

—Es costumbre en Alemania que los verdugos sean cirujanos; por otra parte, ya lo sabeis, nosotros no unimos á este último juez, ó á este juez cortante, como nosotros le llamamos, la idea de reprobación que vosotros unis á él en Francia. Aquí el verdugo frecuenta los cafés y los casinos, y si no es buscado, al menos es perfectamente recibido.

—Entonces ya no me admira que el buen abate Sméets me haya referido la tradicion del Caballero Negro.

—¿Conoceis al abate Sméets?

—El es quien me había dado una carta para el doctor D....

—¡Oh! le perdono haberme olvidado; mas permitid, caballero, que repare su olvido; todas las noticias que poseo acerca del pobre Karl están á vuestra disposición.

—¡Ah caballero, mil gracias!

—Pero, me dijo mi interlocutor, para tomar todas esas noticias necesitareis un día.

—Un día, dos, ocho, si es preciso.

—Pero vais á marchar á Heidelberg.

—No parto.

—¿Y vuestro carruaje?

—Va á volverse á la fonda.

—¡Y bien! caballero, enviadle. Sin duda tenéis algunas órdenes que dar; os espero en mi casa.

—Dentro de una media hora soy con vos.

—Sereis bien recibido, caballero.

Y nos separamos, yo para volver á tomar mi habitación en la fonda, y el Sr. G.... para ir á poner en órden los papeles que deseaba comunicarme.

Como media hora despues estaba en su casa.

Es importante, para que nuestros lectores se formen una idea de las obras y de las cosas, que les digamos algunas palabras del estado en que se encontraba la Alemania, en la época en que se verificó en Manheim el gran drama que voy á referir.

Ya hemos dicho en nuestro artículo sobre la ciudad de Bonn, los progresos de las asociaciones secretas entre los escritores alemanes. Las asociaciones estimuladas por los mismos soberanos mientras pudieron serles útiles, produjeron los alistamientos voluntarios que condujeron á Leipsick y Wartloo casi todos los jóvenes de las universidades que pasaban de diez y seis años. Estos jóvenes hicieron las dos campañas de 1814 y 1815, y despues se retiraron á Gottingue, Heidelberg, y Jena, para volver á continuar sus estudios. Mas como se comprende, era muy difícil disciplinarlos despues de haber pasado dos ó tres años en los campamentos; era ridiculo tratar como á niños á soldados acuchillados, no por los espadones y los schleges, sino por los sables franceses.

Resultó que en la especie de lucha interior y misteriosa que siguió á las dos últimas campañas, los mismos profesores se dividieron en dos campos: los unos tomaron partido por la autoridad, los otros por los jóvenes patriotas tan cruelmente defraudados en sus esperanzas. En el número de los profesores que se habían constituido los defensores de sus discípulos, estaban los doctores Oken y Luden; el primero, profesor de ciencias naturales, y el segundo profesor de historia.

Hacia tres años, publicaba el doctor Oken, bajo el título de *El Iris*, un periódico exclusivamente consagrado hasta allí á las ciencias naturales; pero viéndose atacado el señor Oken, así como sus discípulos, en sus mas queridas

creencias y en su culto religioso, comprendió la importancia del arma que tenía entre las manos, y que de inofensiva que había sido hasta entonces podía hacerse terrible, por la popularidad de que gozaba entre sus numerosos suscritores. En fin poniéndolo por obra quiso hacer el ensayo, y de repente aparecieron en *El Iris* algunos artículos políticos de una oposición acre, con gran aplauso de sus lectores y grandísimo asombro de la autoridad. Sin embargo, el gran duque de Weimar, príncipe escelente, enemigo de las medidas violentas, prohibió que se ensañasen contra el señor Oken: mas habiendo sucedido nuevos artículos á los primeros, la Rusia, la Prusia y el Austria reclamaron á una voz la destitucion del director de *El Iris*. El gran duque de Weimar, despues de vivas instancias cerca de las tres potencias, obtuvo por fin una modificación favorable en aquella reclamación, que podía equivaler á una órden. que el señor Oken optaría entre la cátedra y su periódico.

Presentaron este ultimatum al señor Oken, quien respondió que no conocía ley que declarase incompatibles las dos funciones, y que hasta que aquella ley apareciese, conservaría su cátedra y su periódico. En consecuencia de esta respuesta, en el mes de junio de 1819, fué destituido sin proceso ni sentencia, y la comisión permanente de la Cámara legislativa del duque de Weimar, no solo dejó ejecutar este golpe de Estado, sino que aprobó su ilegalidad.

Los discípulos del señor Oken protestaron contra su destitucion, ofreciéndole una copa de oro en la que estaba grabada esta máxima filosófica.

«¡Te han presentado agenjos: bebe vino!»

El señor Oken continuó con la dirección de *El Iris*, que siguió obteniendo tanto mas éxito cuanto que su director era el mártir de las ideas liberales, que en aquella época eran las de toda la juventud alemana.

El señor Luden, por su parte, había creado desde 1814 otro periódico, *El Némesis*. Este diario, como su título indica, tenía por objeto atizar el odio contra los franceses, y en ese sentido había sido aceptado, y aun protegido por la Santa Alianza, pero cuando llegó la paz, y con ella las decepciones germánicas, el periodista volvió su pluma contra los que acababan de faltar así á la palabra sagrada que habían empeñado á la faz del mundo. Mas como el señor Luden, de un carácter mas frío y mas contenido que su colega el señor Oken, había dirigido sus ataques con una gran moderación y maravillosa prudencia; como sus artículos, en los que era imposible denunciar una sola personalidad, no encerraban mas que discusiones históricas acerca de hechos irrecusables, *El Némesis* no dió motivo á ninguna persecución, y sus enemigos se vieron obligados á buscar una ocasion favorable para herirle. Esta ocasion se la proporcionó un altercado que se suscitó entre Kotzebúe y el señor Luden.

Un artículo de *El Némesis*, redactado por el mismo señor Luden, acerca de la administración civil de Rusia y su política exterior; observaciones que acaso por estar redactadas con la conveniencia acostumbrada en el escritor hábil, eran mas peligrosas para aquel gobierno tenebroso. Cayó este artículo en manos de Kotzebüe. Todo el mundo sabe las extrañas funciones que desempeñaba en Alemania por cuenta de Alejandro, y cómo en aquella época el consejero áulico de su magestad autocrática estaba en guerra abierta con las universidades. Aprovechó la ocasión de una segunda relación que hacía al emperador Alejandro acerca del estado de la literatura germánica, para darle cuenta del artículo del señor Luden, haciendo resaltar los pasajes que podían herirle, y suprimiendo todos los que podían servirle de correctivo, acompañando el todo de notas las mas injuriosas sobre el doble carácter público y privado del autor.

La relación estaba escrita en francés.

Desgraciadamente para Kotzebüe, su original cubierto de tachones necesitaba una copia: dió su relación á ponerla en limpio á un especie de escribiente público, que se la llevó á su casa, el cual, poco familiarizado con el idioma francés y temiendo cometer faltas, consultó acerca de ciertas palabras y ciertas frases que no conocía, al doctor L.... Uno de esos pasajes era precisamente dirigido contra el señor Luden. La diatriba picó la curiosidad del doctor L., quien, habiendo sabido que el manuscrito original era de Kotzebüe, fingió tener á su vez dificultad, y suplicó al copiante le dejase el manuscrito por algunas horas. El copiante, que estaba muy obligado al señor L.... no se atrevió á negarse á una comunicacion, cuya importancia, por otra parte, probablemente no comprendió. El señor L.... poseedor momentáneamente del despacho, sacó al momento una copia que envió á Luden. Este, habiendo extractado los trozos mas notables, y acompañándolos á su vez de comentarios acerca de Kotzebüe, los envió á la redaccion de *El Némesis* para que se insertaran en el número inmediato. Kotzebüe se ignora cómo supo la infidelidad del copiante, y los resultados que aquella infidelidad iba á tener. Corrió al punto á casa del conde de Lesdigny, ministro de Negocios extranjeros, y le refirió el hecho. El conde Lesdigny, previendo que aquella publicacion no haría sino enconar aun mas los ánimos, dió orden al dueño de la imprenta de que suspendiesen la composicion del número; pero la orden llegó demasiado tarde: la tirada se habia comenzado, y como no había orden oficial que se opusiese á la publicacion, el dueño de la imprenta se apresuró á remitir á Jena los números ya tirados; lo que quedaba de la impresión fué recogido y archivado; pero ya circulaban entre los estudiantes doscientos ó trescientos números. Entonces Oken reprodujo el artículo recogido en *El Iris*, que á su vez fué

recogido; mas el perseguido artículo reapareció al punto en el periódico redactado por Useland, hijo. Este periódico fué á su vez recogido y condenado: pero él habia conseguido el objeto: el artículo habia circulado por toda Alemania, y Kotzebüe estaba denunciado públicamente como un espía.

Kotzebüe, furioso, publicó un folleto contra el gobierno del gran duque, contra las universidades, y contra los profesores, á quienes trataba de jacobinos; era un verdadero llamamiento al gobierno despótico, era el toque de alarma contra las ideas liberales.

Habia por aquel momento en Jena un joven de unos veinte y dos años, que vivía solitario y entregado á la meditacion entre sus camaradas. Casi niño, habia hecho como voluntario la campaña que terminó en Waterloo; despues, como sus camaradas, volvió á la universidad para terminar en ella sus estudios. Era uno de aquellos á quienes las decepciones políticas habian vuelto de carácter sombrío. Todos los dias escribía en su album, no solo las ideas que se le ocurrían en las veinte y cuatro horas, sino tambien lo bueno y lo malo que habia hecho. El 24 de noviembre de 1817, el folleto de Kotzebüe cayó en sus manos, y el 24 de noviembre por la noche escribía en su album:

«Hoy, despues de haber trabajado con mucho cuidado y asiduidad, he salido á las cuatro de la tarde con E.... Al atravesar la plaza del Mercado hemos oido leer el nuevo y envenenado insulto de Kotzebüe. ¿Qué ira anima, pues, á ese hombre contra los Burcheux y contra todo lo que toca á la Alemania?»

Era esta la primera vez que en ese album, reflejo inocente hasta entonces de sus placeres y disgustos de joven, estaba escrito el nombre de Kotzebüe; pero en lo sucesivo mas de una alusion oculta y mas de un ataque directo debían seguir á esta primera insercion. En efecto, el 31 de diciembre del mismo año, escribía en el mismo album, en ese estilo místico que le era propio:

«¡Oh Señor misericordioso! este año le comencé con la oracion, pero en estos últimos tiempos me he distraido y estoy mal dispuesto. Cuando miro atrás, encuentro, ¡ay! que no me he hecho mejor; pero he entrado mas hondamente en la vida, y presentándose la ocasión, me siento al presente con fuerza para obrar. Es que tú has estado conmigo siempre, Señor, aun cuando yo no estaba contigo.»

Al dia siguiente, que era el 1.º de enero de 1818, el joven comenzó otro album, y en la página blanca unida á la encuadernacion, escribió, siempre con el mismo estilo:

«Señor, déjame afirmar en la idea que he concebido de la libertad de la humanidad por el santo sacrificio de tu Hijo; haz que yo

sea un Cristo para la Alemania, y que segun y por Jesus, sea yo fuerte y sufrido en el dolor.»

Pasados cuatro meses escribió:

5 de mayo.

«Señor, ¿por qué, pues, esta angustiosa melancolía se ha apoderado de mí? pero domina una voluntad firme y constante, y la idea de la patria da á los mas tristes y débiles, alegría y valor. Cuando medito, me admiro siempre de que no se encuentre entre nosotros uno bastante animoso para hundir un puñal en la garganta de Kotzebüe ó de cualquier otro traidor.»

El 18 de mayo continúa:

«Un hombre no es nada en comparacion de un pueblo; es una unidad comparada á millones, es un minuto comparado á un siglo. El hombre á quien nada precede y á quien nadie sigue, nace, vive y muere en un espacio mas ó menos largo, pero que relativamente á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago; un pueblo, por el contrario, es inmortal.»

En fin, el 31 de diciembre del año 1818, aferrado á su sangrienta resolucion, escribió:

«He tomado el último dia de este año de 1818 una disposicion seria y solemne, y he decidido que el dia de Navidad que acaba de pasar, será la última Navidad que yo celebre.... Si debe resultar algo de nuestros esfuerzos, si la causa de la humanidad debe sobreponerse en nuestra patria, si en esta época sin fé pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos religiosos, será á condicion de que caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebüe. Mientras no haya yo ejecutado la obra que he resuelto, ya no disfrutaré reposo alguno. Señor, á ti que sabes he consagrado mi vida á esta accion grande, hoy que se ha fijado en mi imaginacion, no tengo mas que pedirte que la verdadera firmeza y el valor del alma.»

El joven fanático que hacia de este modo á Dios, no solo el cómplice, sino aun el instigador de un asesinato, era Karl Ludwig Sand.

Habia nacido el 3 de octubre de 1795, en Vonsiedel, y sus padres eran Godofredo Cristóbal Sand, primer presidente y consejero de policía del rey de Prusia, y Dorothea Juana Wilhelmina Schapf, su muger; tenia por consecuencia veintidos años escasos.

El haberse librado como por milagro de muchos peligros durante su juventud, habia hecho decir á algunos que estaba predestinado.

Predestinacion fatal que le vamos á ver llevar á cabo.

KARL LUDWIG SAND.

En efecto, á partir desde el momento á que hemos llegado, Sand no hizo mas que afirmarse en la culpable resolucion que habia tomado. Sus estudios cambiaron de objeto. Todos los dias asistía á las lecciones de anatomía, siguiendo con una singular atencion las esplicaciones del operador; haciéndose explicar en sus menores detalles las funciones del corazón, y reconociendo como lo hace un general con el punto que quiere atacar, el sitio que este órgano ocupa en el pecho.

Muchos meses se pasaron en este horrible estudio, sin que sus mejores amigos sospecharan el objeto. A su melancolía y tristeza habian sucedido por el contrario una tranquilidad y bondad estremadas. Únicamente algunas veces se entregaba á acciones inexplicables, y que hacían creer estaba atacado de locura. Hé aquí una de las que difundidas por la universidad escitaron la hilaridad de sus camaradas.

Un dia Sand, oyendo subir la escalera á un amigo suyo, cogió un cuchillo de papel y permaneció arimado á una mesa; y en el momento en que el amigo abría la puerta, se lanzó sobre él y le dió con la punta del cuchillo en el rostro. El amigo, ignorando si aquella era una amenaza ficticia ó real, intentó parar el golpe con las dos manos. En el mismo instante, Sand le hirió en el pecho; despues, con la mayor tranquilidad:

—Ves, le dijo, cuando se quiere matar á un hombre, he ahí cómo se hace: se amenaza al rostro, él hace como tú has hecho; se lleva á él las manos, y entonces se le hunde el cuchillo en el corazón.

Tres meses despues estaba explicado el enigma con una palabra sangrienta!—Kotzebüe.

A fines de febrero, anunció Sand, que para un corto viage de familia, iba á dejar la universidad. En fin, el 7 de marzo invitó á todos sus amigos á pasar la noche con él, y les anunció su partida para el 9. Le propusieron todos acompañarle dos ó tres leguas, pero Sand, temiendo que aquella demostracion, por inocente que fuese, les comprometiese mas tarde, no admitió, y se despidió de ellos aquella misma noche.

Habiendo quedado solo Sand, escribió á su familia esta extraña carta:

A TODOS LOS MIOS:

«Almas leales y eternamente queridas. ¿Por qué aumentar aun vuestro dolor? me pregunté. Y vacilaba en escribirlos. Pero la religion del corazón hubiese sido sorda con mi silencio. Sal, pues, de mi pecho lleno de an-

gustías! ¡Adelante, cruel y prolongado tormento de una última conversacion, pero lo único que queda sin embargo, cuando es necesario dulcificar la pena de la partida!

«Esta carta, ¡oh madre mia! ¡oh padre mio! ¡oh hermano mio! ¡oh hermanas mias! os lleve el último adios de vuestro hijo y de vuestro hermano.

«La mayor desgracia de la vida para todo corazón generoso, es ver la causa de Dios detenida en su desarrollo por culpa nuestra... y la mas deshonrosa infamia seria sufrir que las bellas adquisiciones obtenidas valientemente por miles de hombres, y por las que millares de hombres se han sacrificado con júbilo, no sea mas que un sueño pasajero, sin resultados reales y positivos. La resurreccion de nuestra vida alemana se comenzó con los últimos veinte años, y especialmente en el santo año de 1813, con un valor inspirado por Dios. Mas he aqui que la casa paterna se estremece desde la cúpula hasta su base. ¡Adelante! levantémosla otra vez nueva y hermosa, y tal como debe ser el verdadero templo del verdadero Dios.

«Son en número muy pequeño los que intentan oponerse como un dique al torrente del progreso de la alta humanidad, en el pueblo alemán. ¿Por qué han de doblegarse grandes masas al yugo de una perversa minoría? ¿Por qué, apenas curada, volver á caer en una enfermedad peor que de la que salimos?

«Muchos de esos, sobornan, y estos son los mas infames, y juegan con nosotros al juego de la corrupcion; entre ellos, Kotzebüe es el mas diestro y el peor de todos, verdadera máquina de palabras de donde sale todo discurso detestable y todo pernicioso consejo.... Su voz es hábil para separar toda animadversion y toda amargura de las mas injustas medidas; tal como conviene á los reyes para adormecernos en el antiguo abandonado sueño, que es la muerte de los pueblos. Todos los dias hace traicion á su patria, sin que á pesar de su traicion deje de ser un idolo para la mitad de Alemania, que deslumbrada por él, acepta sin resistencia el veneno que destila en sus folletos periódicos, protegido y envuelto como está bajo el manto seductor de una gran reputacion de poeta. Escitados por él los príncipes de Alemania que han olvidado sus promesas, no dejaron consolidar nada libre ni bueno, ó si algo que se le pareciera se verificó á su pesar, se ligaron con los franceses á fin de destruirlos. Para que la historia de nuestra edad no esté cubierta de una eterna ignorancia, es preciso que él caiga.

«Siempre lo he dicho, si queremos hallar un grande y supremo remedio al estado de abatimiento en que nos encontramos, es preciso que ninguno tema el combate ni el dolor; y la verdadera libertad del pueblo alemán no se consolidará hasta que el bravo ciudadano se arriesgue por sí mismo al juego á que ha puesto; y cuando todo hijo de la patria preparado á la

lucha por la justicia desprece los bienes de este mundo, para no desear sino los bienes celestiales que están bajo la salvaguardia de la muerte.

«¿Quién pues herirá á ese miserable asalariado, á ese traidor cruel?

«Hace largo tiempo espero en el temor, en la oracion y las lágrimas, yo que no he nacido para el asesinato, á que otro se me adelanta, lo haga por mí, y me deje en fin, continuar mi camino por el sendero suave y tranquilo que me he elegido, ¡Y bien! á pesar de mis oraciones y lágrimas, el que debe herir no se presenta; en efecto, todos como yo, tienen el derecho de contar con otro, y pensando todos así, cada hora de retraso empeora nuestra situacion, porque de una hora á otra—¡y qué vergüenza tan honda no seria para nosotros!—Kotzebüe impune puede dejar la Alemania é ir á devorar en Rusia su tesoro, á cuyo precio ha perdido su honor: ¿quién podrá garantírnos de esa vergüenza, si todos, si yo mismo no me siento con fuerza para salvar á mi querida patria, constituyéndome en el elegido de la justicia de Dios?

«¡Así, pues, adelante!.... Yo soy quien se lanzará valerosamente sobre él (no os asustéis) sobre él, sobre ese seductor inmundo; yo soy quien matará al traidor, á fin de que estinguéndose su corruptora voz, cese de alejarnos de las enseñanzas de la historia y del espíritu de Dios. Un deber irresistible y solemne me impulsa á esta accion, desde que he reconocido á qué altos destinos puede llegar en este siglo el pueblo alemán; y desde que conozco al cobarde é hipócrita, el único que le impide llegar á él, ese deseo ha llegado á ser para mí, como para todo alemán que quiere el bien público, una severa y rigurosa necesidad. ¡Pueda yo, con esta venganza popular, indicar á todas las conciencias rectas y leales donde existe el verdadero peligro, y salvar del grande y próximo peligro que las amenaza á nuestras asociaciones despreciadas y calumniadas! ¡Pueda yo en fin difundir el terror sobre los pícaros y los traidores, y el valor y la fé sobre los buenos! los discursos y los escritos, á nada conducen; solo las acciones pueden.

«Yo obraré pues, y aunque impulsado violentamente contra mis dorados sueños del porvenir, no por eso tengo menos confianza en Dios; y aun espero gozar de una celeste alegría, despues que, como los hebreos buscando la Tierra prometida, vea trazado ante mí, en la oscuridad, el camino á cuyo extremo habré pagado mi deuda á la patria.

«Así pues, adios, corazones fieles. Ciertamente es dura esta pronta separacion; ciertamente, vuestras esperanzas como mis deseos se han engañado. Sin duda os direis: sin embargo, gracias á nuestros sacrificios, habia él aprendido á conocer la vida, y á gustar de los goces de la tierra, y parecia amar profundamente el país natal y el humilde estado á que era llamado. ¡Ay! si, eso es cierto. Con vuestra proteccion,

y gracias á vuestros innumerables sacrificios, el país natal y la vida me habian llegado á ser muy queridos; si, gracias á vosotros he penetrado en el Eden de la ciencia, y he vivido con la vida libre del pensamiento; gracias á vosotros, he mirado en la historia, y me he reconcentrado despues en mi conciencia para agarrarme á los sólidos pilares de la fé en el Eterno.

«Si, yo debia atravesar dulcemente esta vida, como un predicador del Evangelio; si, yo debia, en mi fidelidad á mi estado, precaverme contra las tormentas de la existencia. Pero bastaria esto para despreciar el peligro que amenaza á la Alemania?

«¿Y vosotros mismos en vuestro amor infinito, no debéis por el contrario, impulsarme á arriesgar mi vida por el bien de todos?

«Que yo desconozca vuestro amor, ó vuestro amor sea para mí una consideracion ligera, no lo creais. ¿Qué pues me impulsaria á la muerte, si no fuera mi adhesion á vosotros y á la Alemania, y la necesidad de probar esa adhesion á mi familia y á mi país?

«Madre mia, tú dirás: ¡porqué he criado á un hijo á quien yo amaba y que me amaba, para el que he empleado mil cuidados y he pasado mil penas, el cual, con mis oraciones y mi ejemplo fué impresionable al bien, y del que debia, despues de mi larga y fatigosa carrera, recibir cuidados semejantes á los que le he prodigado!... ¿por qué me abandona ahora?

«O mi buena y tierna madre, si, acaso vos direis eso; pero la madre de otro, no podria decir lo mismo? ¡y reduciré todo á palabras, cuando hay necesidad de obrar para el país! ¿Y si nadie quisiese obrar, qué seria de esta madre de todos que se llama Alemania?

«Pero no, esas quejas están lejos de ti, noble muger, y si en esta hora, no se presentase nadie á defender la causa de la Alemania, tú misma me impulsarías. Tengo delante de mí dos hermanos y dos hermanas, todos nobles y leales; ellos os quedarán, madre mia, y ademas, tendrán tambien por hijos á todos los hijos de Alemania que aman su patria.

«Todo hombre tiene un destino que debe cumplir; el mio está consagrado á la accion que voy á emprender. Aun cuando yo viviera aun cincuenta años, no podria vivir mas feliz que lo he sido en estos últimos tiempos.

«¡Adios, madre mia! Os recomiendo á la proteccion de Dios; concédaos él esa alegría que los infortunios no pueden turbar, conducid al punto á vuestros pequeños hijos, de los que tanto hubiese deseado ser su tierno amigo, á la cima de vuestras bellas montañas; que allí, sobre aquel altar elevado por el Señor mismo en medio de la Alemania, le consagren y juren tomar la espada luego que tuvieran fuerzas para sostenerla, y no dejarte hasta que todos nuestros hermanos estén reunidos por la libertad, cuando todos los alemanes, teniendo una constitucion liberal, sean grandes ante el Señor,

poderosos contra sus vecinos, y unidos entre sí.

«Que mi patria levante siempre sus miradas, dichosas, hácia tí, Padre Todopoderoso; caiga siempre tu bendicion abundantemente sobre sus mieses próximas á ser segadas, y sobre sus ejércitos dispuestos á combatir, y que reconozca á los dones de que la has colmado, sea siempre el pueblo alemán entre todos los pueblos el primero á levantarse para sostener la causa de la humanidad, que es tu imagen en la tierra.

«Vuestro eternamente adicto hijo, hermano y amigo.

«KARL LUDWIG SAND.

«Jena, 8 de marzo de 1819.»

Sand escribió esta estraña carta en dos veces, mitad en la noche del 7 al 8, y mitad en la noche del 8 al 9. Cuando la terminó, escribió en el sobre: *A mis mas queridos y mis mas intimos*, la colocó en el sitio mas á la vista del escritorio, se acostó, y se durmió como de costumbre. Al amanecer, habiendo tenido cuidado de coger la llave de la habitacion, se puso en camino, despues de haber reservado el recibo del alquiler de ella, por un semestre, pagando adelantados los dos primeros meses. Pasó por Erfurt y Henach. El 29 á las nueve de la mañana llegó á la cima de una pequeña colina, desde donde descubrió á Francfort. Aqui se detuvo un momento, como dijo despues él mismo, para buscar con los ojos el sitio donde seria su sepulcro.

Luego que llegó á Manheim, fué á alojarse Sand al Weinberg. Como de costumbre, le presentaron el registro, y se inscribió en él bajo el nombre de Enrique; despues se informó de la casa de Kotzebüe, y como le dijese que estaba situada frente á la iglesia de los Jesuitas, preguntó la letra y el número de la casa, á fin de no equivocarse.

Serian las diez y media cuando Sand llamaba á la puerta del consejero áulico. Kotzebüe habia ido al jardín del castillo, á dar su paseo de por la mañana. Sand pretextó un negocio urgente, hizo le indicasen la calle de árboles que preferia y fué en su busca. Pero sea que Kotzebüe dirigiese á otro sitio su paseo, sea que las señas que habian dado á Sand acerca del trage y el rostro de aquel á quien buscaba fuesen inciertas, no le encontró ó no le reconoció. Sand se paseó hasta las once y media. Entonces desesperando de encontrar á Kotzebüe en el parque, volvió á la fonda, resolviendo volver á su casa á la tarde.

Era la hora de comer; Sand se sentó á la mesa con una completa tranquilidad. La conversacion recayó sobre la teologia: Sand desenvolvió comiendo con el mejor apetito, sus ideas acerca de la inmortalidad del alma, y habló con tan gran concision y tal elocuencia, que todos guardaron silencio para escucharle.

Mas al punto, viendo el efecto que producía, Sand se detuvo y rompió pidiendo perdon por haberse apoderado así de la conversacion.

Después de comer en mesa redonda, Sand subió á su habitacion; se cree que oró á Dios. A las tres salió y tomó otra vez el camino de la casa de Kotzebüe.

El consejero daba en el mismo dia una gran comida; mas habiendo sabido que un jóven habia ido y habia pedido con instancia hablarle, dió la orden, si se volvía á presentar aquel jóven, de que le hicieran entrar. Un momento después entró Kotzebüe, Sand le dejó adelantarse como á los tres tercios de la habitacion, y como la puerta se habia cerrado tras él, renovó la escena que hemos referido, y sacando un puñal de su bolsillo, amenazó á Kotzebüe en el rostro. Kotzebüe se llevó á él las manos. Inmediatamente le hundió la hoja en el pecho en toda su estension. El corazon estaba atravesado de parte á parte; Kotzebüe arrojó un débil grito y cayó.

Pero por débil que fuese aquel grito, su hija lo habia oido. Era una niña de seis años, una de esas encantadoras sirenas alemanas, con largos cabellos rubios, con trage blanco, y una cinta azul por cinturon, como las con que Rafael anudaba el talle de sus ángeles. La pobre niña vió á su padre tendido en el suelo; se arrojó sobre él, prorumpiendo en sollozos, y llamándole: «¡Padre mio, padre mio!» Sand no pudo sufrir el espectáculo desgarrador de aquel dolor infantil, y presentándosele entonces su accion en toda su horrible desnudez, se hundió en el pecho hasta el mango, el puñal aun todo bañado con la sangre de Kotzebüe.

Pero, con gran admiracion suya, Sand quedó en pie; únicamente una nube sangrienta pasó por sus ojos, y entonces comprendió que iba á caer vivo en manos de los criados. El sentimiento instintivo de su conservacion pudo mas que la intencion decidida de matarse. Se volvió vacilante, abrió la puerta, se precipitó hácia la escalera, encontró una familia que iba á comer con Kotzebüe, y que viendo á un hombre todo ensangrentado y con un cuchillo en el pecho, se puso á dar grandes gritos, y se separó en lugar de detenerle. Sand llegó pues á la calle; mas al poner el pie en el dintel de la puerta, vió á diez pasos soldados que iban á relevar la guardia del castillo. Sand creyó que acudian á los gritos y que le perseguían, acaso tambien sus piernas flaquearon; se arrojó de rodillas á cinco ó seis pasos de la casa, unió las manos, hizo en alta voz una corta plegaria, y sacando en seguida el puñal de su herida, se tiró otra puñalada junto á la primera, y cayó desmayado gritando:

—¡Oh, Dios mio, recibe mi alma!

En cuanto á Kotzebüe, habia muerto.

LA CASA DE CORRECCION.

La patrulla era mandada por el mayor Baudois Holzungen. Vió á Sand á quien creía muerto, pero viendo que no estaba mas que desmayado, le hizo trasladar al hospital. Aquí tuvieron á Sand bajo la guardia mas severa, aunque esto fuera inútil, siendo de tal modo graves sus heridas que apenas podia hablar; no podia respirar sino cuando estaba echado de espaldas. Una de ellas se curó, pero la otra como la hoja del puñal habia penetrado entre la pleura costal y la pleura pulmonar, se habia formado un derrame entre las dos membranas; de modo que en vez de dejarla cerrar, la mantuvieron cuidadosamente abierta, á fin de estrarle todas las mañanas por medio de un émbolo la sangre extravasada durante la noche, como se practica en la operacion del empiema. Sand estuvo tres meses entre la vida y la muerte; sin embargo, al cabo de tres meses, se mejoró su posicion lo bastante para que le trasportasen á la casa de correccion. Aquí encontró al señor G..., que le esperaba y que habia ya hecho preparar para él su mejor habitacion: es que ya en aquel momento Sand no era un asesino vulgar. Por lo demas, se puede adquirir una idea de cómo era tratando el prisionero, y de los dolores que padecería, por la siguiente carta fechada en su *isla de Pathmos*, y que escribia á su padre en el mes de enero de 1820, para darle gracias por la bendicion que el anciano le habia enviado; en el sesenta y siete aniversario de su nacimiento.

«Enero de 1820.

«Mis queridos padres, hermanos y hermanas.

«A mediados del mes de setiembre del año último, he recibido por la comision especial judicial del gran duque, cuya humanidad habeis podido apreciar ya vosotros, vuestras queridas cartas de fin de agosto y principios de setiembre, y ellas han tenido la mágica influencia de colmarme de alegría, trasportándome al círculo íntimo de vuestros corazones.

«Vos, mi tierno padre, me escribisteis el dia del sesenta y siete aniversario de vuestro nacimiento, y me bendecis con toda la expansion de vuestro mas tierno amor.

«Vos, mi querida madre, llegais hasta la promesa de la continuacion de vuestro afecto materno, en el que he creído invariablemente siempre, y así es como he recibido vuestras dos bendiciones que, en mi posicion actual, ejercen sobre mí una influencia mas bienhechora que ninguno de los bienes que todos

los reyes de la tierra hubieran podido concederme: si, vosotros me alimentais abundantemente con vuestro bendito amor, y yo os doy gracias, mis queridos padres, con la respetuosa sumision que mi corazon me inspirará siempre como el primer deber de un hijo.

«Mas cuanto mayor es vuestro amor, cuanto mas tiernas son vuestras cartas, mas tengo yo que sufrir, debo confesarlo, por el sacrificio voluntario que nos hemos impuesto de no vernos, y he tardado tanto en responderos, mis queridos padres, para darne á mí mismo tiempo para recobrar la energia que habia perdido.

«Vosotros tambien, querido cuñado y querida hermana, me asegurais vuestro sincero y no interrumpido cariño. Y sin embargo, después del terror que en todos vosotros he esparcido, no sabeis aun al parecer, qué debeis pensar de mí; pero mi corazon lleno de reconocimiento por vuestras bondades pasadas, se tranquiliza, porque vuestros hechos hablan y me dicen que aun cuando no quisiérais amarme como yo os amo, no podríais hacerlo: estos hechos valen mas para mí, en este momento, que todas las protestas posibles, que las mas tiernas palabras.

«Y tú tambien, mi cuñado, tú hubieras querido acudir inmediatamente, con nuestra querida madre, á las orillas del Rhin, aquí donde se han establecido entre nosotros las verdaderas relaciones del alma, y donde habemos sido dos veces hermanos. Pero dime, ¿no estás aquí en realidad, para el pensamiento y el espíritu cuando considero el rico manantial de consuelos que me ha proporcionado tu cordial y tierna carta?

«Y tú, buena cuñada, así como desde el primer momento mostraste tu tierna delicadeza, como una verdadera hermana, tal te encuentro hoy: siempre las mismas afectuosas relaciones, siempre el mismo cariño fraternal; tus consuelos, que emanan de una piedad crédula y sumisa, han caido como fresco rocío en lo mas profundo de mi corazon. Pero, mi buena cuñada, preciso es te diga, á tí como á los demas, que eres demasiado generosa conmigo dispensándome tu estimacion y tus alabanzas, y tu enagenacion me ha hecho juzgarme interiormente, y este juicio me ha hecho ver en el espejo de mi conciencia reflejado el perfil de todas mis debilidades.

«Tú, buena Julia, tú no desearias mas que arrebatarne á la suerte que me espera, y me asegurais, en nombre de todos, que tú, como ellos, serias feliz arrostrándola en mi lugar. Te reconozco en eso completamente, y reconozco tambien las dulces y tiernas relaciones en que hemos sido educados desde la infancia. ¡Oh! tranquilízate, buena Julia, gracias á la proteccion de Dios, yo te aseguro que me será fácil, mucho mas fácil que creía, soportar lo que me espera.

«Recibid, pues, todos mis espresivas y sin-

ceras gracias por haber regocijado mi corazon.

«Ahora que he reconocido por esas cartas que me fortalecen, que semejante al hijo pródigo, el amor y la bondad de mi familia son mas grandes hácia mí á mi regreso que á la partida, quiero, con tanto cuidado como me sea posible, pintaros mi estado físico y moral, y suplico á Dios apoye mis palabras con su poder, á fin de que mi carta contenga el equivalente de lo que vosotros me habeis traído, y que os ayude á conseguir ese estado de calma y de serenidad que he alcanzado yo mismo.

«Endurecido, á fuerza de voluntad sobre mi corazon, contra los bienes y los males de la tierra, sabeis ya que en estos últimos años no he vivido mas que para las alegrías morales, y debo decir, que tocado de mis esfuerzos, sin duda, el Señor, santo manantial de todos los bienes, me ha hecho apto para buscarlas y gozar de ellas con toda plenitud. Dios está siempre junto á mí y conmigo, y encuentro en él, principio soberano de todas las cosas, en el nuestro sagrado padre, no solo el consuelo y la fuerza, sino un amigo inmutable, lleno del mas santo amor, que me acompañará á todas partes donde tenga necesidad de sus consuelos. Ciertamente, si se hubiese alejado de mí, ó si yo hubiese desviado mis ojos de él, me encontraría ahora muy desgraciado y miserable; mas por su gracia, por el contrario, á mí, humilde y débil criatura, me hace fuerte y aun poderoso para sufrir todo lo que puede caer sobre mí.

«Aquello que reverencié hasta aquí como sagrado, lo que he deseado como bueno, aquello á que aspiré como celestial, no ha cambiado en nada en este momento, y doy gracias á Dios por ello, porque me encontraría ahora muy desesperado si hubiese de reconocer que mi corazon ha adorado imágenes engañosas, y se ha envuelto en fugaces quimeras. Así, mi confianza en esas ideas, mi puro amor hácia ellas, que son los ángeles guardianes de mi imaginacion, se acrecientan de momento en momento, y se acrecentarán hasta mi fin, y pasaré de ese modo muy fácilmente, así lo espero, de este mundo á la eternidad. Paso mi vida en la exaltacion y la humildad cristiana, y á veces tengo esas altas visiones, por las que, desde mi nacimiento, he adorado al cielo sobre la tierra, y que me dan el poder de elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de la fé. La enfermedad, aunque larga, dolorosa y cruel, ha sido muy dominada por mi voluntad para dejar el tiempo de ocuparme con fruto de la historia de las ciencias positivas y de los bellos ramos de la educacion religiosa; y cuando la mayor violencia del mal interrumpia algunas veces estas ocupaciones, yo luchaba victoriosamente contra el fastidio, porque los recuerdos del pasado, mi resignacion para el presente, y mi fé en el porvenir eran bastante ricos y fuertes, en mí y á mi alrededor, para hacerme caer de mi paraíso terrenal.